

Rocío Cereijo rociocereijo@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-9237-301X>

Manuela Papaleo manupapaleo@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-3469-9177>

Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder «Aníbal Ford»

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

Martín Gras, exsubsecretario de Promoción de Derechos Humanos durante las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner, cuenta cómo fue su acercamiento al peronismo y la anécdota del día en el que conoció a Juan D. Perón. Habla sobre su amistad con Francisco «Paco» Urondo y sobre las oportunidades en las que trató con Rodolfo Walsh en el local de *Noticias*. Recuerda sus años de detención en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), el momento en el que vio cómo trasladaban el cuerpo de Walsh y las circunstancias que lo llevaron a encontrar los papeles del periodista, entre los que estaba el cuento «Juan se iba por el río», que continúa desaparecido.

Palabras clave

Walsh, ESMA, cuerpo, documentos

Abstract

Martin Gras, exsubsecretario of Promoción de Derechos Humanos during both presidencies of Cristina Fernández de Kirchner, counts how it was his approximation to the Peronism and the anecdote of the day that he knew Juan D. Perón. He speaks on his friendship with Francisco «Paco» Urondo and the opportunities in which he treated with Rodolfo Walsh in the local of *Noticias*. He remembers his years of detention in the Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), the moment that he saw how they were moving Walsh's body and the circumstances that led it to finding the papers of the journalist, among which was the story «Juan se iba por el río», which is still missing.

Keywords

Walsh, ESMA, body, documents



Entrevista a Martín Gras

«Juan es él, pero somos todos nosotros»

«Juan is him, but he is also all of us»



Por Rocío Cereijo
y Manuela Papaleo

Martín Gras fue subsecretario de Promoción de Derechos Humanos durante las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner. Estuvo secuestrado en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) durante más de dos años. Es el único sobreviviente que pudo ver el cuerpo de Rodolfo Walsh en este centro clandestino de detención. Además, allí leyó cinco de sus documentos: tres críticas a la conducción de Montoneros, una versión original de la «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar» y el cuento «Juan se iba por el río», que aún se encuentra desaparecido.



Entrevista a Martín Gras



¿Cómo fue tu acercamiento a la política?

Tenía, exactamente, 14 años. Empecé a militar en el colegio secundario, en 1958, en el marco de un conflicto estudiantil que en ese momento era muy importante, sobre la enseñanza laica y libre. Fue durante el gobierno de [Arturo] Frondizi, cuando en una negociación con la Iglesia se autorizó la existencia de las universidades privadas. Llegué a ser presidente del centro de estudiantes del colegio –un colegio católico, por cierto–, y cuando entré a la universidad terminé siendo presidente del centro de estudiantes; luego consejero y todo ese tipo de cosas. Pero la política en serio, así, con mayúsculas, la empecé a hacer en la Universidad: terminamos siendo la primera agrupación peronista de la Universidad de Tucumán, que todavía no era la JUP [Juventud Universitaria Peronista]. Comenzamos siendo social cristianos y, a lo largo de toda una evolución, terminamos en el peronismo.

¿En qué momento te reconocés peronista?

En un momento dado me harté de estudiar. Pensaba que no era tiempo para estudiar. Todavía sigo muy vinculado a un sector de la Iglesia Católica, pero en ese momento era a los curas del Tercer Mundo. En ese entonces, se estaba por hacer la primera experiencia en la Argentina de curas obreros. Curas obreros es una experiencia que se ha hecho en Francia. Son curas que no tienen parroquia, sino que viven en un lugar obrero, trabajan, se mantienen trabajando y hacen ahí su apostolado.

El obispo de Avellaneda, Monseñor [Jerónimo] Podestá, uno de los obispos más progresistas del momento, había aceptado en su diócesis a dos curas obreros que se fueron a vivir a un conventillo. La idea era que algunos jóvenes de Acción Católica –en ese momento yo estaba vinculado a la Juventud Universitaria Católica– compartieran su apostolado. Como resultado, dejé Tucumán y me fui a vivir a Avellaneda.

Empecé a trabajar con otro par de chicos en la fábrica Férrum. Estaba dentro del gremio de metalúrgicos. Aunque pareciera loco, el delegado que teníamos era Rosendo García, el de *¿Quién mató a Rosendo?*, de Rodolfo Walsh. Y comíamos pizza en «La Real». En aquella época, vivo vinculado a Walsh sin haberlo conocido.

Entrevista a Martín Gras



Como buen estudiante universitario, era un inútil absoluto. Quiero decir, con las manos no sabía hacer nada; entonces, solo me tomaban como personal eventual de limpieza. Junto con los otros chicos, que también eran estudiantes universitarios, barríamos. Al mes o a los dos meses descubrieron que éramos estudiantes universitarios e, inmediatamente, decidieron echarnos. A ver, ¿estudiantes universitarios trabajando en limpieza de una fábrica metalúrgica? No. Entonces, nos echaron. Teníamos que pasar por Recursos Humanos a que nos liquidaran la quincena.

En el interín, se había corrido la voz en la fábrica de que estaban echando a tres muchachos. No es que nos conocieran, estábamos desde hacía treinta días. Pero en el esquema de la época, si te echaban era porque eras peronista. Justamente, nos echaron a la hora en la que cambiaban los turnos: estaban saliendo mil y pico de tipos y estaban entrando otros mil y pico: dos mil o tres mil personas en un espacio pequeño. Nosotros salíamos con las indemnizaciones y toda esa gente cantaba la marcha. ¿Cómo no te vas a hacer peronista?

Lo que es fantástico es el tema de la politización de la época: los tipos no nos conocían, pero si estaban echando a una persona de la fábrica esa persona tenía que ser peronista. Había una respuesta política de clase automática: echan a un compañero, yo canto la marcha.

¿Cuándo te detuvieron por primera vez?

Si mi memoria no me es infiel, el 19 de agosto de 1971. En ese momento ya estaba en las FAR [Fuerzas Armadas Revolucionarias] y terminé cayendo en Rosario. Fui el segundo caso de la Cámara Federal Especial Antisubversiva. Me abrieron 14 procesos. Si uno ve, yo era más malo que la vinchuca.

El Jefe de Policía de Rosario volvió a ser después Jefe de Policía durante el gobierno de [Rafael] Videla. Un Comandante Mayor de Gendarmería retirado, de apellido Feced, de los tipos más siniestros que he conocido. Murió ya. Uno habla de Acosta... Pues [Agustín] Feced era de esos. Estaba obsesionado con el PRT [Partido Revolucionario de los Trabajadores], más que con Montoneros. El PRT había matado a un par de policías y él entendía que habían matado a su gente. Entonces, andaba con un cuadernito, que era de un reparto de cuadernos que había hecho el PRT en

Entrevista a Martín Gras



una villa, y en ese cuaderno anotaba al guerrillero que torturaba. Era un personaje así. Nos hicieron simulacro de fusilamiento; nos dieron duro, nos dieron muy duro.

Un par de años después, estando preso en Rawson, era muy divertido porque cada rosarino que caía preguntaba quién era yo, dónde estaba y me decía: «Feced te manda saludos. Lo último que me dijo antes de que me mandaran para acá fue: “Si ves a un tipo que se llama fulano de tal, decile que me acuerdo muy bien de él y que le mando saludos”».

¿Estuviste en Rawson hasta 1973? ¿Cómo fue tu liberación tras la amnistía?

De hecho, a mi compañera la fusilan en Rawson. En ese momento yo estaba en el Chaco. Sector de gendarmería de la cárcel de Rosario, de Devoto, de Chaco, de Rawson, de Villa Urquiza de Tucumán. Técnicamente, salí de Villa Urquiza de Tucumán.

Conocí a Perón en 1973, el 25 de Mayo, cuando salí. Nos juntamos a comer un asado con él, un grupo de presos liberados. Estábamos en fila. Perón nos iba dando la mano y nos íbamos presentando. Cuando lo miré y le dije: «Martín Gras», se quedó parado, se volvió y me dijo: «¿Usted cómo se llama?», «Martín Gras». «¿Qué es usted del General?», «Sobrino». «¿Y usted es peronista? ¿Muy peronista?», «Muy peronista, mi General». «¿Y su tío lo sabe?», «No, se murió antes de que a mí me detuvieran». «¡Menos mal! ¡Qué mal rato le hubiésemos hecho pasar, no?». Y se fue, matándose de risa.

Cuento la anécdota porque, para mí, esa es una de las grandes reivindicaciones de la historia: que el sobrino, además ahijado, del tipo que presidió uno de los Tribunales que echó a su gente del Ejército terminara preso por peronista. Debe haber pensado: «El mundo es maravilloso». Porque Perón era militar y para los militares eso es importante: que te quiten el grado, el uniforme y te echen.

¿Qué relación tenías con Rodolfo Walsh previo a tu secuestro?

Sería muy elegante en estos momentos decir que yo era íntimo amigo de Rodolfo Walsh, pero no. Lo conocí, sí; pero el que era realmente muy amigo mío era [Francisco] «Paco» Urondo. Yo iba

Entrevista a Martín Gras



a verlo a «Paco» al local de Noticias, y en el local estaban Rodolfo, [Jorge] Bernetti, «el Perro» [Horacio Verbitsky], [Miguel] Bonasso. Yo iba a verlo a «Paco» para ir a comer algo a algún lado y me quedaba tomando café con los monstruos.

Después me lo volví a encontrar en una reunión de Inteligencia, en la que él ya estaba con el nombre de combate. No el verdadero nombre de combate, sino el que le decían en joda, que era «Capitán Neurus», por el personaje de *Anteojito*.¹ Pero mi relación era de «hola, ¿qué tal?». Estuve en dos reuniones con él y tomé dos cafés en *Noticias*.

Con el que sí íbamos a la casa y cocinábamos era con «Paco». Con «Paco» éramos compañeros de celda en Devoto. Él necesitaba anteojos para leer y se los habían roto, entonces yo le leía. No le leía poesía, le leía *El día del Chacal*, de Frederick Forsyth, la novela que estaba de moda en ese momento. En el medio de todo eso lo visitó [Julio] Cortázar y le trajo los famosos habanos que Fidel le había regalado a Allende, y que Allende le había regalado a Cortázar y que Cortázar le terminó regalando a «Paco». Era muy divertido ser preso en esos momentos. Como decían los milicos de la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), eso era la «dictablanda».

¿Cómo fue tu secuestro durante la última Dictadura?

Tenía una cita con un compañero, y la cita estaba cantada. Era un viernes, estaba cansado. Enero de 1977, hacía mucho calor... Creo que debe haber sido uno de los eneros más calientes que hubo en Buenos Aires. Cuando Buenos Aires se pone caliente, húmedo, pesado; estaba terrible. En ese momento, la organización solo permitía las citas y las reuniones de lunes a viernes. Sábados y domingos estabas obligado a hacer alguna actividad recreativa, a quedarte con tu familia o lo que sea, porque el grado de estrés de la gente era tremendo.

Era mi última cita del viernes, después me iba a mi casa. Fui a verme con una persona con la que tenía absoluta confianza, absoluta-absoluta confianza, y acababa de llegar del exterior. Es decir, que no podía estar quemado. Por lo general, yo entraba a las citas tomando una serie de precauciones: la pastilla encima, el dedo en la granada. Pero estaba convencido. Era un amigo, hacía calor, estaba tremendamente cansado y no alcé ni pastilla ni granada, ni nada. Entré buscándolo y estaban los muchachos,

Entrevista a Martín Gras



que hacían las cosas bien. Pasé delante de uno de ellos, que estaba en un banquito de esos materos tomando mate. El tipo era [Ernesto] Weber. Me lo comí, me lo comí, me lo comí. Cuando en algún momento me pareció que pasaba algo ya estaban encima mío, no tuve ninguna chance.

Es muy difícil describir lo que fue ese mes de diciembre y parte de enero. Era realmente una cosa monstruosa. Las personas caían una detrás de la otra. La organización había prohibido que se hablara de las caídas, porque estabas con alguien y preguntabas: «¿Quién cayó?» Y te decían: «fulano», «mengano», «sultano». A finales de diciembre había tenido una reunión con mi ámbito, con la gente que estaba a mis órdenes directas, y jugamos a un juego –no sé si jugamos a un juego– que consistía en calcular cuándo nos tocaría caer a nosotros. Era una especie de estadística: está cayendo tal cantidad de gente de los ámbitos que conocemos, cae tanta gente por día, por semana, entonces a nosotros nos queda... Y calculamos que íbamos a caer en algún momento entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1977. Caí el 14, así que no estaba demasiado equivocado.

Después de esa reunión volví a casa y creo que se me notaba en la cara. Mi exmujer –con la cual tengo dos hijos y vivo todas las tensiones y los amores de una persona con la cual has tenido dos hijos vivos, un hijo muerto, cinco nietos y has compartido tanto– me preguntó: «¿Qué pasó?». Y le dije: «No pasó nada, es que la charla política de la reunión de hoy derivó en algo inesperado». Y le conté.

¿Ella también militaba?

Ella era la responsable de documentación internacional. Le había hecho los documentos a toda la conducción cuando salió del país. El [Batallón] 601 lo sabía: era un objetivo prioritario absoluto. Después de que caí, aguantó en una pensión en San Telmo. Andaba con nuestro hijo mayor a cuestas, que tenía seis meses, cambiándole los pañales en las plazas, con el bolso de los pañales en un brazo y en el otro el bolso con los pasaportes en blanco que nos quedaban y los sellos para hacer documentos. Los hacía en los parques, en el Parque Lezama.

Entrevista a Martín Gras



¿Cómo era el funcionamiento del centro clandestino de detención?

El sistema de la ESMA era muy especial: no eras un detenido del grupo de tareas o un secuestrado de la Marina, sino que estabas asignado a un Oficial de Inteligencia, eras «caso de». Ese era el famoso tipo que venía y que te decía: «Pibe, a todos los efectos, yo soy Dios para vos». Ese era el tipo que decidía si comías, cuándo comías, qué comías. El que decidía cuándo «te trasladaban».

Hay que entender también otra cosa: en principio, en la ESMA nos «trasladaban» a todos. En el traslado de los miércoles estaban, por defecto, todos los secuestrados en ese momento en la ESMA. Los martes a la noche se reunían los Oficiales de Inteligencia y utilizaban lo que llamaban «el derecho a veto», que quiere decir que cada uno de ellos decía quién, de sus casos, podía vivir una semana más; o sea, lo bajaba de la lista. Y en la lista estábamos todos.

Durante un año me estuvieron bajando de la lista; yo no lo sabía. No era que te ponían en una lista, sino que te bajaban. La técnica se llamaba «aplicar el derecho de veto». Y no todos los oficiales tenían la misma capacidad de veto: los oficiales de mayor jerarquía o de mayor prestigio podían usar más derecho a veto. De hecho, la persona que tenía más derecho a veto era [Jorge] Acosta, por ser el Jefe de Inteligencia del grupo. El que lo seguía era [Antonio] Pernías, no por orden jerárquico, sino porque era el tipo más respetado como combatiente del grupo.

¿Y a quién estabas designado?

Yo era caso de Pernías. Si hubiese sido caso de Acosta creo que no estaríamos hablando. No me tenía simpatía. Pernías era un personaje muy raro, Infante de Marina. Como dicen los Infantes de Marina: «Tenemos una visión corta. Nos preocupan 100 metros, que son los 100 metros de playa. Lo que viene después no es problema nuestro». Un personaje. Le agarraban una diarreas impresionantes. Bajaba de los coches operativos a meterse a los bares a cagar y se olvidaba las pistolas. Después tenía que volver a buscar los fierros... Bueno, yo era caso uno de sus casos, lo cual no dejaba de ser una suerte, porque era uno de los tipos que tenía mayor poder de veto.

Entrevista a Martín Gras



¿Cómo fue el día en el que viste el cuerpo de Rodolfo Walsh en la ESMA?

Un día, que evidentemente era el 25 de marzo [de 1977], me bajaron para, supuestamente, ser interrogado por Pernías. Los Suboficiales de Inteligencia tenían oficinas en el sótano, donde también estaban las tres salas de tortura, que ellos llamaban las «salas de máquinas», eufemísticamente. Después estaba la sala de enfermería, un bañito –que va a tener que ver con esta historia– y unas especies de bancos en los cuales te sentabas hasta que te tocara.

¿Tabicado?

Tabicado y con grillete. Los dos años que estuve, tuve un grillete de catorce eslabones. Pero me habían cambiado el tabique. Llevaba dos o tres meses, lo que me convertía en una suerte de «preso viejo».

Había «capuchas» y había «anteojitos», los mismos que se usan en los aviones para dormir, con la diferencia de que tenían un elástico muy ancho y muy corto que te comprimía, te cortaba. Los «anteojitos» eran dobles, estaban llenos de lana de vidrio, o algo por el estilo, lo cual hacía que nadie quisiera usarlos, porque el elástico tiraba mucho, se te clavaban los anteojos en los ojos y estabas lagrimeando constantemente, con una especie de conjuntivitis.

Sin embargo, conseguí usar uno, porque con el tiempo que había permanecido en capucha había logrado sacarles la lana de vidrio, hasta dejarlos vacíos, y forzarles el elástico. Entonces, en algún momento dejé la capucha y me puse los «anteojitos». Los tenía a caballo en la nariz y si estaba acostado podía ver por arriba y por abajo.

Ese día estaba en el sótano, en el banco y con los «anteojitos». Había más detenidos y no había casi Oficiales de Inteligencia. Era un día anómalo, se notaba mucha tensión en el aire. Ya habíamos aprendido a detectar eso. Evidentemente, había una operación; había mucha adrenalina. En un momento dado ordenaron desalojar el sótano. Y pegaron un grito: «A ver, todo el mundo afuera». «Todo el mundo afuera» significaba hacer una suerte de trencito, todos encapuchados, con un guardia adelante y otro atrás que te iban llevando.

Entrevista a Martín Gras



Se generó, entonces, una suerte de confusión y me metí en el bañito. Cerré la puerta y me quedé un rato. Cuando dejé de escuchar ruidos afuera, calculé que ya habían evacuado a la gente, que habían trasladado a «capucha» a los compañeros que estaban en el sótano y salí, con los «anteojitos» medios chuecos y levantándome los pantalones, con cara alguien que sale de hacer sus necesidades.

Ahí empezaron los gritos: «¿Quién es el pelotudo que dejó a este?». Me agarraron y me llevaron a los empujones a la escalera que ahora está tapiada. Cuando estaba subiendo sentí el griterío de la patota que estaba bajando. Llevaban algo parecido a una camilla. Como la escalera era muy empinada, llevaban la camilla, no en posición horizontal, sino un tanto inclinada. Choqué contra la camilla, miré por debajo de los «anteojos» y vi a Rodolfo. Estaba cubierto por una suerte de sábana. La sábana se había corrido y tenía una ráfaga de balas cruzándole el pecho.

¿Te diste cuenta ahí que era Walsh?

Sí, por supuesto. No tengo la más mínima duda de que era Rodolfo. Porque, vuelvo a decir: no es que era mi amigo, pero lo conocía.

¿Y cuándo pudiste leer sus documentos?

Unos días después de la caída de Rodolfo, bajé a tener mis diálogos con Pernías. Pero Pernías no estaba, cosa que no era de extrañar. Muchas veces bajaba y él no estaba. Uno era un objeto, no era que tenías una reunión con alguien. Pero los guardias se habían hartado de tenernos en el pasillo, porque eran muy estrechos. Entonces, me metían en la oficina de Pernías.

Las oficinas eran de chapadur, de telgopor, eran precarias. Y en la parte de atrás había una puerta, que funcionaba como un pequeño armario. Había descubierto ese lugar y, cuando Pernías no estaba, abría la puerta y me metía ahí adentro. Horacio Verbitsky dice que ese era mi espacio de libertad y es cierto: era el único lugar donde nadie me estaba vigilando. Estaba solo. En ningún otro momento estaba solo. Siempre había alguien vigilando, controlándote. El único lugar donde nadie me miraba, donde nadie me veía, donde yo estaba conmigo, era ahí.

Entrevista a Martín Gras



Ese día, cuando me bajaron para mis diálogos con Pernías, me metieron en su oficina y, como no estaba, me mandé al armario. Cuando me metí noté que estaba lleno de papeles. Mi primera reacción fue de indignación: me habían ocupando mi armario, mi espacio de libertad. Me senté encima de los papeles, cerré la puerta y me puse a mirar qué eran. Lo primero que encontré fueron carpetas que, claramente, eran el archivo de un periodista; hojas en blanco con recortes de diarios pegados, con noticias policiales. Lo que encontré después fue una colección completa del diario de la CGT de los Argentinos. Entonces dije: «¡Carajo, esto lo han traído de la casa de Walsh! ¡Esto es Walsh!».

Seguí sacando cosas y encontré una carpeta que tenía tres cosas. En realidad, cinco cosas: tres documentos de Walsh a sus jefes en el área de Inteligencia y, por medio de ellos, a la conducción nacional, donde planteaba la destrucción militar de toda la organización.

¿Este es el documento que después se difundió?

El documento que se difundió forma parte de lo que se llamó «los papeles de Walsh». De hecho, uno de estos tres documentos está escrito por Horacio [Verbitsky]. Pero, bueno, yo no los conocía y el más interesante que encontré era un documento donde Walsh planteaba una estrategia de supervivencia que consistía, básicamente, en disolver la organización.

Decía que había que preservar el nombre de Montoneros, pero que era necesario disolver la organización en el pueblo; que había que replegarse a la identidad primaria de un pueblo, que es la identidad peronista, y que cada uno tenía que hacer lo que pudiera (en una iglesia, en un club, en un sindicato, en donde sea); y que cuando se produjera un cambio, como consecuencia de la propia política económica del enemigo –cuya lógica era afectar al pueblo–, el pueblo iba a reaccionar. En ese momento, Montoneros tenía que volver a convocar y a cada uno que apareciera y que dijera: «Tengo un club de barrio, tengo un laburo acá...», le pondría nombre y sería Montoneros nuevamente. Era una idea absolutamente genial: replegarse a la identidad del pueblo, que es la identidad peronista, y desarmar el aparato totalmente. Es una idea genial desde lo político y, probablemente, hubiera permitido la supervivencia de centenares y de miles de cuadros. Pero era el tipo de propuesta que la conducción no podía aceptar de ninguna manera.

Entrevista a Martín Gras



La conducción estaba haciendo un proceso absolutamente contrario. Estaba concentrando el poder, desesperadamente. Estaba construyendo un núcleo burocrático, cuando lo que Rodolfo planteaba era la descentralización absoluta del poder. Me quedé con la boca abierta, porque eso era lo que discutía con mi gente en nuestro ámbito y en otros lados. Pero me quedé con la boca abierta por verlo escrito, y bien escrito. Además, eso había sido enviado a la conducción, por lo menos, seis meses antes. Era de mediados del año anterior, porque hablaba de una conducción que todavía estaba en el país. La conducción salió del país a finales de 1976.

El hecho es que me encontré con esos documentos. Lo llamo como si fuese un solo documento; en realidad son tres pero, conceptualmente, es uno solo. Llamémosle el documento político-militar de Walsh. Después había un original de la Carta a la Junta y el cuento.

¿Qué pensaste cuando leíste la Carta abierta a la Junta Militar?

En la Carta a la Junta aparece algo sobre lo que casi nadie reflexiona: Walsh habla de los «desaparecidos» y dice que hay «15 mil desaparecidos». Yo no conocía la palabra, porque en la organización no se usaba la palabra «desaparecido». Sabíamos que los compañeros «caían», había documentos sobre la tortura salvaje, sabíamos que aparecían compañeros asesinados en falsos enfrentamientos, pero la idea de la desaparición no estaba verbalizada. He tratado de averiguar si en algún lugar alguien usó la palabra «desaparecido» antes que en la Carta.

Es probable, también, que Walsh no estuviera pensando en la figura del desaparecido. Lo he discutido con muchos compañeros. Pero él dice que hay «15 mil desaparecidos». Yo me quedé con la boca abierta, porque no tenía idea de la dimensión de lo que se estaba hablando. Leí que había 15 mil personas que estaban en mi situación y pensé: «Carajo, no es solo la ESMA ni Campo de Mayo», que era lo que sabía hasta el momento. «Acá hay algo muchísimo más grande y está pasando otra cosa».

Siempre digo que entré a ese armarito siendo un secuestrado y salí siendo un desaparecido. Si antes de la lectura de la Carta me preguntaban qué era, hubiera dicho que era un secuestrado de la Marina. Que en algún momento me matarían o, como decían ellos: «Te vamos a enviar al Sur, a un campo de detenidos donde,

Entrevista a Martín Gras



en algún momento, cuando termine esta “guerra”, te pondremos a disposición del Poder Ejecutivo. Y bueno, se te blanqueará y, eventualmente, se te pondrá en libertad».

Para la conducción de Montoneros, el Golpe se daba para enfrentar a la guerrilla. Pero el eje de la Carta, el argumento central, era que el objetivo de la Dictadura consistía en implementar un plan económico, lo que cambiaba totalmente las cosas, sobre todo para una conducción que pensaba en términos de estar combatiendo una guerra. La conducción ha caído en un enfrentamiento militarista de aparato. Y Walsh estaba diciendo que se trataba de un problema económico que implica un problema político. Cuando se lo comenté, Horacio Verbitsky me dijo que cuando Walsh le presentó a la conducción el borrador de la Carta, la conducción le suprimió el párrafo en el que hacía referencia a la implementación de un plan económico.

Yo no sabía que la Carta había sido leída por la conducción. Aunque tal vez no leyeron *esa* Carta, porque él la terminó de escribir el 24 de marzo. Tal vez leyeron algún borrador o algún otro documento previo. Rodolfo no era de ponerse a escribir, te lo dicen todos los que lo han conocido, era más bien de trabajar los textos, de escribir y de reescribir. Es probable que la conducción conociera el argumento de que el Golpe era para instalar un modelo económico y que, específicamente, le hayan prohibido utilizarlo.

Esto es interesante, porque explica mucho la lógica de conducción de Montoneros en ese momento y porque explica muchas de las cosas que pasarían después. Negar lo económico político del Golpe y del genocidio llevó luego a la contraofensiva, es decir, hay una especie de hilo conductor que va a llevar a un desarrollo coherente del error. Desarrollo coherente del error es llevar hasta sus últimas consecuencias el aparatismo militar.

El cuento que aún se encuentra desaparecido, ¿de qué se trataba?

El cuento es el famoso «Juan se iba por el río». Lo leí y me quedé con la boca abierta. Juan está cruzando el río, que tiene una bajada gigantesca, tratando de llegar a la Banda Oriental del Uruguay y, cuando está en la mitad del cruce, cambia el viento y la tormenta vuelve. Di vuelta la hoja, para ver si Juan llegaba y el cuento se terminó. Mi preocupación, entonces, era si el cuento se terminaba ahí o si faltaba una hoja.

¿Tuviste oportunidad de hablar con Lilia Ferreyra sobre este cuento?

Lilia, obviamente, quería reconstruir lo que había pasado con Rodolfo. Todos los sobrevivientes de la ESMA le habían dicho que había llegado muerto y cuando ella preguntaba quién lo había visto, todos le decían: «Martín Gras». «¿Y dónde diablos está Martín Gras?». «En Madrid».

A Lilia no la conocía. Ella se conectó conmigo vía Lila Pastoriza, que estaba momentáneamente en México. Quería hablar de Rodolfo. Nos encontramos en un café, muy parecido a los viejos cafés de Buenos Aires, y le conté lo que acabo de contar: cómo había visto el cuerpo. Ella accedía, en ese momento, a la información que quería; estaba con la persona que ha visto el cuerpo. Y se puso a recordar en voz alta su últimos días con Rodolfo.

Siempre me quedó la impresión de que en ese momento de la conversación Lilia dejó de hablar conmigo y empezó a hablar consigo misma. Recordó los últimos momentos, y contó que Rodolfo estaba haciendo dos cosas al mismo tiempo: había hecho una apuesta, consigo mismo, de terminar para el 24 la Carta a la Junta y el cuento. Y los terminó el 24. «Esa noche, descorchamos una botella de vino y nos sentamos en el patio a brindar porque había ganado la apuesta consigo mismo: había terminado las dos cosas».

Es muy interesante, porque creo que esa idea en la que él escribía a dos manos—el cuento y la Carta, en paralelo—implicaba que estaba recuperando su condición de escritor y que esa condición era su militancia. Es decir, hay una cosa asombrosa; porque, generalmente, en todas las demostraciones teóricas hay una diferencia entre la acción y la parte del raciocinio, de la parte académica o intelectual. Lo fabuloso de Rodolfo es que rompe con esa barrera. Es un hombre de acción y es un intelectual; ¡y qué intelectual y qué hombre de acción! Es un ejercicio intelectual que me asombra.

Cuesta horrores concentrarse sobre algo, sobre un solo tema; por lo que la idea de que se escribiera en paralelo un cuento excepcional y un documento como la Carta, que sigue siendo el mejor documento político de esa época, realmente es brillante. ¡No podés escribir esas dos cosas al mismo tiempo! Ya hubiese sido maravilloso que fueran sucesivas; que escribiera una

Entrevista a Martín Gras



Entrevista a Martín Gras



después de la otra. Pero que las escribiera juntas, en medio de la clandestinidad, en un mundo que se derrumbaba y que, además, jugara una apuesta consigo mismo...

Luego de contar eso, Lilia comenzó a recitar el comienzo del cuento: «Juan se llamaba, [...] su mujer Teresa, [...] su mejor amigo Ancinas». Empezó a recitarlo y se paró. Y yo continué, automáticamente. Entonces abrió esos ojazos verdes que tenía, me miró y me dijo: «¿Cómo lo sabés?». Y le dije: «Porque lo leí». Le conté la historia del armario, de mi espacio de libertad. Y me dijo: «Yo pensé que era la única persona que lo había leído».

Le dije que tenía una pregunta, desde el día del armario, que no me la había contestado: ¿Juan llega o no llega? ¿Está completo el cuento? ¿Termina con que está cruzando el río y cambia el viento Sur? Y me dijo que sí, que termina así y que ella le había preguntado lo mismo. Y que Rodolfo le contestó: «Eso no es lo importante; lo importante es que lo intenta». Después me dijo que Rodolfo mismo no sabía si llegaba o no llegaba y que por eso el cuento se llamaba «Juan se iba por el río» y no «Juan se va por el río». Y, para mí, ese es el balance.

Siempre he pensado, y se lo dije a Lilia y a Horacio, que cuando habla de eso no solo habla de sí mismo, sino de toda nuestra generación. Es casi un legado a la generación. Es probable que nos haya llevado la tormenta, pero lo intentamos. Ese es el cierre final de los tres famosos documentos: la alternativa política, la descripción de la situación de coyuntura y el cuento. El cuento es casi un mimo, un balance, un gesto de cariño hacia una generación y hacia sí mismo. Juan es él, pero somos todos nosotros.

Nota

1 Revista infantil para niños en edad escolar, creada por Manuel García Ferré. Se publicó de 1964 a 2001 (N. del E.).